

Raúl Silva Castro

## UNA NOCHE AGITADA



CUANDO llegué al teatro quedaban pocas aposentaduras desocupadas. El espectáculo de esa noche había llamado mucho público. Un prestidigitador oriental, que escamoteaba flores y anillos, pañuelos de colores, agua, arroz, palomas y conejos... La orquesta tocó un aire trivial. Un instante después se apagaron las luces y empezó la función. A los pocos momentos, yo formaba parte del ambiente solidario que se hace en las salas llenas de un vasto público. Con los demás, aplaudía al mago que escamoteaba medias palabras y sonrisas tan fácilmente como pañuelos.

Así pasó la mitad de la función. En el intermedio, como estaba solo, permanecí en mi butaca. Me deleité contemplando la concurrencia. Había muchos hombres con aire tal de aburrimiento, que me dieron compasión. ¿Qué obligación penosa los empujó a la sala? ¿Por qué no dormían, mejor, en sus blandas camas? Había también muchas jóvenes de aire alerta con ese ojo avizor que tienen las solteras. Ese ojo persigue al marido posible. ¿Qué penetración especial tienen esas pupilas! Las manos de Midas convertían en oro todo lo que tocaban. Esos ojos convierten en maridos a todos los hombres que atisban.

Con aire de marcha comenzó el segundo tiempo. La orquesta hizo pininos de banda y arremetió belicosa contra un trozo marcial. Se apagaron las luces. El

prestiguidador volvió a aparecer en escena. Tornó a sus ejercicios, cada vez más sorprendentes.

De pronto nos sobrecogió un ruido extraño, algo que no era ni la voz del escamoteador ni el son de un instrumento de la orquesta ni el murmullo de los espectadores. Nada que tuviese aspecto familiar y conocido. Era como un carro gigante que atravesara las avenidas del cielo y atronara desde allí los oídos de los mortales. Como la advertencia de un monstruo que pretendiera colarse en nuestra casa. Tenía toda la antipatía del huésped que no se invita. Era el temblor.

Todos nos pusimos en pie. Las mujeres, que creían de su deber chillar como pájaros salvajes, comenzaron a huir, apretándose y magullándose. Los hombres trataban de detenerlas, pero en seguida iban tras ellas. El temblor no cesaba. Los músicos no alcanzaron a enfundar sus instrumentos y huyeron. Uno arrancó con el violín en las manos. Una mano torpe prendió las luces, que titilaban violentamente. En la escena el mago, confundido, desapareció. Esa era una suerte que no estaba en el programa. De los sombreros sacaba cintas y pañuelos; jamás había contado con un temblor, ni siquiera como número extraordinario.

Cuando se desprendió una cornisa del cielo de los palcos y un filete del escenario cayó sobre las primeras butacas, me decidí a abandonar la sala. Quedaba ya poca gente en ella. Todos éramos hombres. Las mujeres habían sido las primeras en huir. Por todas partes había huellas de la rápida fuga. Muchos abrigos quedaban en los asientos. En el suelo había bastones, sombreros, carteras, pañuelos. En un palco una mujer se detenía aun. Voces gruesas resonaban a lo largo de los corredores. En ese momento, encasquetado ya mi sombrero y hecha mi resolución de salir, se apagaron las luces. Con la obscuridad se produjo un penoso silencio de sorpresa. Los pasos en la sombra sonaban indecisos, sin ritmo. Alguien encendió un fósforo. A su resplandor rojizo ví una confusa



arquitectura, cimbreante con las últimas convulsiones del temblor.

A tientas, como un niño que comienza a caminar, anduve. Me encontraba cerca de la orquesta y me pareció más cuerdo tomar hacia una de las puertas de escape que se abrían junto al escenario. Seguí andando. De pronto me paralizó la sorpresa. Había tocado el muro, que estaba frío y que era recorrido, de vez en vez, por bruscos estremecimientos. La puerta no estaba donde yo había creído. Extendiendo los dos brazos, comencé a tentar la pared. Por la izquierda se curvaba y desaparecía combada hacia el suelo. Era sin duda el nicho de la orquesta. Tímidamente avancé el pie. En esa empresa me detuvo un nuevo temblor. En la sombra parecieron resonar voces. Nada. Terminado el remezón, todo volvió a la calma. Seguí explorando. Un instante después toqué con mis dedos una sencilla moldura vertical. Era la puerta que conducía, frente a la orquesta, al interior del teatro. La empujé con fuerza. Con su frialdad de hierro me pareció la puerta de una cárcel que se abriera ante mí.

A tientas me introduje en el estrecho pasadizo. Soy, afortunadamente, de muy pequeña estatura, de modo que no me fué difícil acomodarme a la escasa altura del corredor. No sabía a dónde iba. Me parecía posible salir a la calle por una puerta de servicio que el teatro tenía al fondo y que se abría a una calle atravesada. Varias veces choqué con las murallas del maldito callejón. No soy fumador, de modo que en ningún momento pudo guiarme la luciérnaga portátil del fósforo.

El pasadizo que recorría, después de atravesar un largo trecho sobre el cual seguramente estaba el escenario, me condujo a una especie de patio interior. Todo estaba allí muy obscuro. La asamblea de sombras me impedía orientarme. Permanecí quieto un momento para acostumbrar los ojos a las tinieblas. Ese patio servía para dar luz interiormente al edificio en que es-

taba el teatro, ocupado en sus pisos superiores por un hotel de mala muerte. De las ventanas que se abrían sobre el patio veía sólo los reflejos acerados de los vidrios. En alguna una luz escasa y mortecina perfilaba sombras. Después se apagó y con ella todo entró otra vez en las tinieblas. Arriba el cielo, pequeño cuadrado azul, ofrecía la limpia transparencia de sus luceros. No había luna en esa noche agria.

Dí la vuelta al patio, tratando de seguir de cerca sus muros, para encontrar la puerta de salida. De pronto tropecé con una sólida armazón de fierro que me magulló el hombro con su dureza. Era el término de una escalera zigzagueante que comunicaba todos los pisos de aquella construcción. Olía aquello a carbón y a parafina. Comencé a subir a tientas, tropezando una y otra vez en los hierros, acometido súbitamente de un frío que me hacía castañetear los dientes. Por primera vez en la noche, sentía miedo.

Pensaba llegar por esa escalera a algún corredor del hotel y por allí salir a la calle. Después de ascender penosamente un buen trecho, encontré una puerta que parecía abrirse a un pasadizo. La empujé. No cedió. Pero una vuelta a la manilla de la chapa me dió paso. Un soplo frío y algo fétido me hizo detenerme. Era sin duda una dependencia de servicio, de dudosa limpieza, la que pisaba. El suelo era de cemento o de baldosas. A tientas avancé un poco; mas de pronto se prendió la luz. Me quedé helado, temblando como un malhechor sorprendido. La luz es delatora. La huyen los amantes y los ladrones.

No continué el curso de mis pensamientos. Muy cerca de mí había un hombre dormido. Era sin duda un mozo del hotel. Reposaba, como un animal, de la pesada faena del día. Su respiración ruidosa llegó a mis oídos. Seguramente cuando sintió el temblor encendió la luz. Como no continuaran los remezones, se acostó de nuevo y se quedó como un tronco. Con muchas precauciones apagué la luz. Ya sabía dónde quedaba la puerta. En la sombra, procediendo con el



cuidado amoroso de un ladrón, la empujé. No hizo ruido. A través de la rendija se coló, junto con un rayo de luz, una voz de mujer.

—¡Ya hay luz!

—¿La apago? — preguntó una voz de hombre, llena y calurosa.

— Bueno, apágala — concedió la mujer.

Y junto con extinguirse la luz se oyeron risas semi-ahogadas por las sábanas, rumor de besos y voces amorosas entrecortadas por la lujuria.

La mujer murmuró algo cariñoso. El hombre no contestó nada, sino un suspiro, que parecía el quejido de un fuelle roto. Avancé un paso dentro del dormitorio. En una ancha cama que ocupaba el centro de la habitación ese hombre y esa mujer se amaban seguros de no tener testigos. No tenían miedo de la tierra conmovida por el temblor.

Retrocedí a la pieza fría, crucé de nuevo la puerta y puse otra vez mis pies en la escalera de hierro. Seguí subiendo. En el otro piso otra puerta se abría sobre la escalera. Estaba abierta y conducía a un corredor cerrado. Empujé una de las puertas que se abrían sobre él. No cedió. La segunda se abrió rechinando con dureza. Me detuve paralizado por la angustia. No se sentía un murmullo. ¿Estaba vacía esta habitación? Sí; estaba vacía. Para cerciorarme, escuché largo rato y hasta palpé con mis manos el lecho. Junto a éste se veía otra puerta, a través de la cual parecía filtrarse un diálogo. Una voz alta interpelaba groseramente. Otra respondió como si musitara una oración. No distinguía palabras en ese diálogo desigual. Puse la mano en la puerta y la abrí suavemente. Entonces oí lo que decían esos dos seres.

— Pero no te basta todavía, Rodolfo... — gemía la mujer.

El hombre, tras un instante de silencio, respondió enfurruñado:

— No, pues, no me basta.

— Todo te lo he dado ya.

— Siempre la misma canción, y yo no tengo ya casi qué comer.

— ¿Tú crees que a mí no me remuerde la conciencia? Cuando sentí el temblor me pareció que me iba a morir. Este es castigo por mis faltas, Rodolfo. ¿Cómo habrán llorado mis pobres pajaritos al sentirse solos? ¿Qué les voy a decir mañana? Te olvidas que soy madre.

— ¿Cómo me voy a olvidar — replicó duro el hombre — si son hijos míos?

Esas palabras parecieron hacerle mucha gracia. Las coronó con una risa ancha, de animal feliz. La mujer guardó silencio; sus nuevas palabras revelaban menos angustia.

— ¿No crees que te quiero bastante? Si no miro más que por tus ojos. Engaño a mi marido; abandono a mis hijos; he perdido casi todas mis amistades.

— ¡Bah, qué gracia engañar a la cascocha de tu marido! Te pasarías de lesa, pues niña. Cualquier mujer haría lo mismo. Un viejo medio paralítico que se lo pasa en el campo, peleando con los peones por el último cinco...

— Gracias a eso... — musitó la mujer, pero el hombre la interrumpió.

— Lo que es yo, ya estoy cansado de esta vida estúpida. Tienes que ayudarme en esto así como me has querido y has sido mía. Yo también tengo que pensar en mi porvenir.

— En *nuestro* porvenir — recalcó ella.

— Bueno: en *nuestro* porvenir, como tú quieras...

Luego empezaron a hablar en voz más baja. Era difícil oírlos. El hombre, de vez en cuando, pronunciaba palabras que yo entendía: «cheque» «el saldo de la cuenta» «los protestos». El resto se perdía en la sombra y no llegaba hasta mis oídos.

Mucho rato estuve clavado en el umbral de la puerta, inmóvil, reteniendo el aliento. La curiosidad que había despertado en mí ese diálogo era superior a toda consideración. Del lecho, sumergido en la sombra,

salía la voz indistinta del hombre, voz de mando con algo de grosero en el tono. La mujer, por su parte, ya no se resistía, no se quejaba. Hasta hubo un momento en que pareció entusiasmarse, y habló más alto:

— ¿Y tú podrás entonces tener un rinconcito en que podamos vernos sin miedo?

— Sí — afirmó él, como seductor de teatro—. Seremos muy felices. Vamos a tener una casita chica, pero bien cómoda. En lugar de vivir yo en pensión, me voy para allá. Almuerzo en el centro. Y ahí nos veremos después.

Sonaron besos. La mujer acariciaba a su amante. En ese momento se sintió un leve temblor. Ellos no lo oyeron. Cuando me alejé cerrando con suavidad la puerta, una ráfaga de pasión hacía temblar rítmicamente el lecho.

Volví a la habitación vacía, vencido por la atención y por el sueño. Me quité el sombrero y los lentes, y me eché en la cama, vestido, sin cubrirme con la ropa. Me quedé dormido en seguida. Tuve ensueños poco claros que me hicieron sufrir un poco. El temblor revivía en mi conciencia y la soliviantaba con terrores locos. En uno de esos momentos de terror desperté. Tenía frío. Era todavía la noche, y al parecer había dormido sólo una o dos horas. Silencio, un silencio vasto lo llenaba todo. Estuve un largo rato inmóvil, tratando de quedarme dormido. No lo conseguí tan fácilmente. El cansancio y la tensión nerviosa me habían vencido, pero ya se habían calmado casi enteramente. No pensaba en nada. Había olvidado mi triste aventura nocturna, mis errancias empujado por el terror. Quería sólo descansar. Si me encontraban allí, pagaría mi derecho a ocupar esa cama, y asunto terminado. Mi único deseo era dormir.

Mis párpados ya se cerraban cuando unos pasos me despertaron. En el corredor andaba alguien. Junto con los pasos, atenuados por la alfombra, sonaron luego llaves. No cabía duda: era un mozo. Llevaba una linterna, que iba esparciendo una luz fluctuante a



lo largo del pasadizo. Por el tragaluz de la puerta seguí, con angustia, sus evoluciones extrañas. El mozo se detuvo frente a una puerta y allí seguramente aplicó el oído. Más adelante cerró con violencia otra que estaba abierta y echó a andar de nuevo. Se acercaba a la habitación en que yo estaba. Un sudor frío me inundó el cuerpo. ¿Por qué? Si entraba, no tenía más que anotar mi nombre y recibir el importe de la noche. Pasó; no tocó mi puerta. En seguida se detuvo. La luz saltó y vaciló a través del tragaluz alto. Estaba frente a la pieza que ocupaba la extraña pareja. De pronto sonaron golpes y voces. Nuevamente la luz danzó.

— ¡Qué hay, señor! ¿Hasta cuándo piensa estar aquí? ¿Va a quedarse hasta mañana? Entonces debió haber pagado el exceso.

El mozo gritaba con todas sus fuerzas, sin respeto alguno por los vecinos. Se encendieron luces. De un salto me levanté y entreabrí la puerta de comunicación entre los dos cuartos. En el del lado, el hombre y la mujer, que dormían, habían despertado sobresaltados.

— ¿Qué pasa? — dijo el hombre, restregándose los ojos.

— Que usted ha pagado sólo por un rato, y ya van para tres horas... — dijo el mozo.

— Este..., yo creí...

— Nada, señor; no me venga con disculpas. Si fuera la primera vez que viene... Usted conoce ya las tarifas.

La mujer, que no había levantado la voz, atenta a este diálogo, dijo al hombre:

— Págale, pues, hijo.

— Es que... no tengo más plata — confesó entre dientes el hombre.

— Ahí, en la cartera, encima de la silla; saca no más.

El hombre saltó de la cama. Una camiseta de color crudo cubría su torso fuerte. El resto del cuerpo, ensombrecido por el vello, se confundía con las tinieblas encucilladas. Era un hombre de unos treinta



y cinco años. Moreno, alto, tenía algo de vil en su fisonomía. Seguramente conquistaba a las mujeres más con lo maligno de su rostro que con lo bello. Buscó en la silla, entre las ropas íntimas de la mujer. Un calzón celeste de seda cayó al suelo. El hombre se agachó a recogerlo. De una cartera de mujer extrajo un billete. Sin decir nada, se lo alargó al mozo, que miraba la escena con indiferencia.

— Gracias, señor.

Se fué, cerrando la puerta con un golpe seco. El hombre apagó la luz y se metió a la cama. La mujer le dijo:

— ¿Por qué no me avisaste que no tenías para la pieza?

El hombre no contestó sino con un gruñido de mal humor. Se hizo el silencio. La oscuridad era completa.

La respiración del hombre tomó el ritmo del sueño y se hizo algo silbante. Dormía. Me pareció oír entonces que la mujer suspiraba y que un sollozo atravesaba su garganta trémula. El sollozo se hinchaba y llegaba al llanto o se extinguía en un hipo doloroso. Durante mucho tiempo estuve allí, sumido en la sombra que en vano querían agujerear mis ojos. Me habría gustado ir hasta el lado de aquella mujer y decirle una palabra de afecto. Se sentía tan sola en aquella sombra espesa, junto al cuerpo de su amante, que mi respiración me parecía que la iba a sobresaltar. ¿Quién era?

En puntillas, medrosamente, retrocedí hasta mi cuarto. El mozo se había alejado definitivamente. Por el tragaluz no entraba un rayo de luz. En todo el hotel reinaba un silencio pesado. De muy lejos llegaba el traqueteo de un automóvil. Después se apagó como se apaga un fósforo. Un tranvía pasó, también muy lejos, con sonido de campanilla presurosa. Estos rumores me distrajeron un poco. Convencido de que ya no podría dormir comencé a pasearme en la pieza, para vencer el frío, cada vez más intenso. Temí hacer

ruido con mis pasos y me tendí en la cama. Quería encontrar en el rectángulo de cielo que me daba la ventana el resplandor del alba próxima. No sabía qué hora era, ni quería verla en el reloj. Prefería esperar a que una campana me la dijera. Pasó un largo rato. Mis ojos se cerraban cuando sentí el canto claro de las campanas de una iglesia seguramente muy distante. Había un alborozo ingenuo en ese sonido dulzón de esquila. Poco después sonó una hora en una torre más cercana. Eran las tres. Quedaba todavía mucho para que llegara el día. Convencido de la inutilidad de mi espera alerta, traté de quedarme dormido a toda costa. Recordé que para esto se recomendaba contar. Lo hice. Llegué hasta quinientos o tal vez a más. Me distraje. Otros pensamientos me ocuparon. No; era inútil pretender dormir.

De repente oí voces en el pasadizo. Eran voces confusas, algo falsas, que sonaban entre pasos y risas ahogadas. Se acercaban por el corredor, al mismo tiempo que la luz intermitente de los fósforos alumbraba a tenues relámpagos el cuadrado del tragaluz. Los desconocidos debían estar muy cerca, por lo mucho que habían demorado en caminar, pero no entendía lo que hablaban. Fuí hasta la puerta y pegué el oído a ella. Eran sin duda dos hombres que se hacían confidencias.

— Te juro que le habría pegado, le habría pegado . . . , hermanito. ¡Dudar de tí, que eres . . . mi mejor amigo! Era como si me insultara a mí mismo, ¿entiendes? Era como si me sacara la madre. Y la madre no me la saca *nadien* . . . . .

El otro respondía cosas sin sentido, con voz claudicante y estropajosa. Seguramente el vino lo había maltratado más que a su compañero. Cada cierto trecho se detenían, olvidados de todo; seguramente se abrazaban porque se oían palmoteos en las espaldas con las manos flácidas. Luego se separaban, encendían fósforos y andaban algunos pasos. Nuevas palabras salían de sus bocas de lana:



— Mire que decirnos que se nos había pasado la mano. ¿Habrás visto? Estamos apenas alegres; eso es: a-le-gres. Yo podría tomarme todavía un chuico de chicha y tan fresco. Parece que tú... ¿dónde estás? Hermanito Alfonso, ¿por qué no me contestas? ¡Ah! Dime, ¿por qué no me contestas? ¿Qué no soy yo tu amigo? ¿Qué no me quieres ya como hermano y como amigo? Alfonso...

Y siguió gimoteando lamentablemente; hasta que, alarmado por el silencio de su acompañante, pudo prender un fósforo con sus dedos torpes. En ese momento abrí la puerta y observé. Estaban a pocos pasos de mi cuarto. Llenaban todo el corredor con sus cuerpos que flotaban arrastrados por la marejada violenta de la borrachera. El que voceaba se inclinaba penosamente, tambaleando, en alto la mano derecha con el fósforo encendido. Con la izquierda sujetaba a su amigo. Este se había apoyado en la muralla, seguramente algunos segundos antes, y había resbalado hasta el suelo. Allí estaba ahora, con la cabeza suelta como si no tuviera cuello. Tal vez no dormía, pero ya gruesos ronquidos se escapaban de sus labios.

— Compañerito — decía el otro, con la voz ronca, llena de alarma —, ¿qué le pasa, compañerito? ¿Se siente mal?

En ese instante se le apagó el fósforo, ya consumido. En la obscuridad, su desesperación fué enorme. Entre dientes mascullaba cosas absurdas. Lo alcancé a oír:

— A la mejor... se ha muerto...

Pero no: no se había muerto. Estaba solo dormido.

A los remezones que le propinaba su amigo, respondió entre sueños, tartajando:

— Déjame dormir, hostigosa... ¿No te digo que no quiero nada contigo?

El otro, exasperado, lo empujó entonces con la misma mano con que había querido levantarlo, y le gritó:

— ¡Quédate ahí, borracho inmundo! Inmundo borracho..., sí; borracho, borracho... inmundo...

Y siguió por el corredor, a oscuras, tocando ya una pared, ya otra, empujado por el vaivén marinero de su paso. Pasó frente a mi puerta y anduvo unos metros más. Allí estaba la entrada de su cuarto. Mucho tiempo estuvo tratando de introducir la llave en la cerradura. De vez en cuando bufaba impaciente y una serie de blasfemias ahogadas salían de sus labios. Cuando entró, siguió el silencio. Cerré otra vez la puerta. Iba rendido de sueño. Esa escena me había hecho mal. Me tendí en la cama y no tardé en quedarme dormido. Desperté a las siete y media de la mañana. Una franja de sol iluminaba lo alto de la pieza, reflejando la cuadrícula de la ventana.

De golpe se me presentaron los sucesos de la noche, en desorden, llenos de interferencias absurdas. Y entonces sentí la necesidad de irme de allí. Abrí despacio la puerta, como un malhechor, y miré hacia el pasadizo. No había nadie, ni el borracho de poco antes. Pisando con cuidado, seguí avanzando. Al final del pasadizo, a la derecha, se abría una escalera. Bajé. No crujía, afortunadamente. De allí a la calle faltaba poco.

Para franquear la puerta, que estaba entreabierta, adopté el aire que me pareció más decidido: avancé el pecho, con algo de jactancia, y salí como si abandonara mi propia casa. En la acera había un hombre de sesenta años, barriendo. No lo miré. Seguramente me observaba porque el tenue hilo de su silbido se interrumpió un momento, mientras dejaba de barrer. ¿Lo hacía para no llenarme de tierra o porque le parecía sospechoso mi madrugar?

Nunca lo he sabido.